

JUAN CARLOS MÁRQUEZ

Resort

En un complejo hotelero de la costa española ha desaparecido un niño alemán.

Para esclarecer con urgencia lo sucedido —una amenaza para la temporada turística—, las autoridades deciden retener durante setenta y dos horas a los huéspedes y ordenan un despliegue de policías de paisano en el hotel. Pero sobre este perturbador trasfondo tienen lugar otros dramas cotidianos, propios de unas vacaciones en familia. La batalla por el territorio cerca de la orilla. La falta de hamacas en la piscina del hotel. La comida del bufet. La tensión sexual.

Molesta como el vecino y su sombrilla, como el niño con la pala, como la arena en los zapatos, *Resort* es una cáustica y divertida mirada sobre las vacaciones, las relaciones familiares y —sobre todo— el egoísmo, el desapego y la banalidad que caracterizan nuestro tiempo.

Del autor de *Los últimos* y *Tangram*, premio Sintagma 2011 y Euskadi de literatura 2012.

Sobre otras obras del autor:

«Literario, inteligente, atmosférico, inusual. Me encantó.»

Lisa Tuttle

«Uno de los valores más sólidos en la promoción que viene tomando el relevo en la buena marcha del cuento español en el siglo XXI.» »

Ángel Basanta, *El Cultural*

«Destaca su habilidad para conjugar microscopía cotidiana y surrealidad, valiéndose de un lenguaje tan incisivo y preciso como brillante en el empleo de imágenes reveladoras.»

Ana Rodríguez Fischer, *Babelia*



© Laura Muñoz Hermida

COLECCIÓN PÚRPURA

JUAN CARLOS MÁRQUEZ

Resort



ED DE
SALTO PÁGINA

ISBN: 978-84-16148-52-3

D. L.: M-13208-2017

Colección Púrpura 87

Género: novela

Precio (IVA incluido): 14,50 euros

Páginas: 128

Encuadernación: rústica

Formato: 21,5 x 14,1 cm.

Junio de 2017

JUAN CARLOS MÁRQUEZ (Bilbao, 1967) es licenciado en Ciencias de la Información y máster de Periodismo por el diario *El Correo*, ha ejercido el oficio en diversos medios y desde hace años imparte talleres y cursos en la Escuela de Escritores. Suyos son los libros *Oficios* (Castalia), premio Tiflos de Cuento 2008; *Llenad la Tierra* (Menoscuarto); *Tangram* (Salto de Página), premios Sintagma 2011 y Euskadi de Literatura 2012, publicado en inglés por Nevsky Books; *Norteamérica profunda* (Salto de Página, 2012), premios Unión Latina y Rafael González Castell; *Lobos que reclaman la noche* (Tropo, 2014), con fotografías de Agurtxane Concellón; y *Los últimos* (Salto de Página, 2014), finalista del Premio Celsius. Sus relatos han sido finalistas de la I edición del Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero y del Premio Setenil, y están recogidos en varias de las principales antologías panorámicas de los últimos años.

✦ Resort

Coge las dos tarjetas llave que le ofrece la recepcionista y le entrega una a su mujer. Ella la echa dentro del bolso y va deprisa a por el niño, subido en el respaldo de uno de los sofás de la recepción. Lo baja de allí sujeto por las axilas y le obliga a darle la mano. También se agacha un momento y le susurra una frase al oído, una de esas frases definitivas que las madres susurran al oído de sus hijos cuando se han levantado a las cuatro de la madrugada y han conducido más de quinientos kilómetros para llegar al lugar de destino de las vacaciones y lo que más desean en el mundo es desvestirse, tomar una ducha larga y tumbarse un rato húmedas de frescor y ligeras de ropa sobre la cama. Los tres se dirigen a los ascensores, al fondo de la recepción. Él carga con el equipaje de mano: un *trolley*, dos bolsas de viaje, una nevera y un PC portátil. Cintas y asas se entrecruzan por su cuerpo como cananas en el torso de un mercenario. Las maletas más pesadas, dos bultos grandes de color rojo, y una silla de paseo plegada quedan en el recibidor aguardando la llegada de un maletero.

La habitación es grande y luminosa, como en las fotografías de la web del hotel. Está pintada de un azul pálido, desvalido, y sobre las camas cuelgan cuadros marineros: nudos, peces, barcas y gaviotas sobrevolando las aguas. El mar se ve al fondo, más allá de la terraza, enmarcado por visillos y cortinones. El hombre deshace el equipaje de mano, atiende la llegada del maletero y sintoniza en el televisor dibujos para el niño mientras su mujer se ducha. Los tres, arrullados por el cansancio y los murmullos del televisor, el aire acondicionado y el mar, se quedan pronto dormidos sobre las camas: el hombre y la mujer cuan largos son sobre la de matrimonio; el niño, atravesado sobre la supletoria como un trazo diagonal. Unos gritos les despiertan una hora después. Voces en un idioma extraño que ni el hombre ni la mujer, ni mucho menos el niño, pueden reconocer. Pudiera ser ruso, polaco o alguna lengua nórdica. La mujer se despereza y anuncia su intención de salir a la terraza para echar un vistazo. Lleva puesta una camiseta larga que le cubre por debajo de los muslos, cerca de las rodillas. La prenda apenas consigue disimular unos pechos como de lactancia, grandes y redondeados, libres del sostén durante la siesta. El hombre la sigue en su curiosidad. La abraza por la espalda contra la barandilla de la terraza haciéndole notar en sus nalgas una erección ligera, más fisiológica que fruto de la excitación sexual. La mujer especula con que los gritos, que se van apagando poco a poco hasta desaparecer, proceden de los pisos superiores. Las cabezas de otros curiosos levantadas hacia los pisos altos del edificio parecen corroborarlo. El hombre está a punto de preguntarles qué pasa, pero no lo hace. Tienen todos aspecto de extranjeros. Niños rubios y pecosos de ojos claros. Chicas delgadas de culos prietos y pechos desafiantes, amazonas centroeuropeas listas para la procreación. Viejos pellejudos, rosáceos,

de grandes vientres. Para hacerse entender tendría que expresarse en inglés y al hombre no le parece que lo ocurrido, si es que ha ocurrido algo, requiera ese esfuerzo. El niño llama a voces a su madre. La mujer entra de prisa y se tumba junto a él en la cama. El niño está caliente. Emite ese calor agradable, rescoldo de los sueños, que despiden los niños recién levantados. Huele a cereales. Pan recién sacado de un horno de infancia. La mujer lo aprieta contra su cuerpo y le besa varias veces en la frente y las mejillas. ¿A quién le apetece darse un chapuzón?